



**Resuelve el
Misterio**

En las páginas
finales del libro
hallarás la solución
de los casos
con la ayuda
de un espejo.



LOS CONTRABANDISTAS DE VIDEOJUEGOS

Y nueve casos más

M. Masters

Lince, Amy y el sargento Treadwell deben atrapar a los ladrones del videojuego que su club de ordenadores acaba de inventar. En la puerta del detector de metales del aeropuerto, Lince dibuja a los sospechosos que podrían estar tratando de pasar el disco. En unos pocos segundos, él y Amy descubren al ladrón.

¿Cómo detectó Lince al ladrón y dónde está oculto el disco?

Entre las páginas de este libro encontrarás diferentes casos para resolver. Las soluciones dependen de tu habilidad y capacidad de observación. ¡Suerte!

Dedicado a todos los niños que nos ayudaron a
crear la serie Resuelve el Misterio.

Jóvenes detectives resuelven difíciles casos



Amy Adams



Lince Collins

Han rescatado a un perro secuestrado, localizaron vídeo-juegos robados y resolvieron muchos más casos difíciles.

Lakewood Hills cuenta

Christopher Collins, el popular detective que vive en el número 128 de Camino Crestview, es más conocido por su apodo *Lince*. Su padre, Peter Collins, un abogado que ejerce su profesión en el centro de la ciudad, declara: —Hace muchos años empezamos a llamarlo *Ojo de Lince* o simplemente *Lince*, la nariz

con dos nuevos superdetectives que velan por la seguridad de sus ciudadanos. Son Christopher *Lince* Collins y Amanda *Amy* Adams, ambos de doce años y alumnos del 6.º curso en la Escuela Primaria de Lakewood Hills.

namente *Lince*, lo percibe todo, incluso los más insignificantes detalles. Por ello es tan competente en la resolución de enigmas.

Su madre, Linda Collins, agente de la propiedad inmobiliaria, coincide con lo

manifestado por su esposo y añade: —También se debe a que empezó a dibujar a una edad muy temprana. Sus dibujos detallan todo lo que observa. Dibuja pistas, personajes, objetos, el lugar de los hechos... y cualquier cosa que pueda ayudarle a resolver el caso.

Amy Adams vive en la casa de enfrente, en el número 131 de Camino Crestview. Si bien la conocen muchos como la figura del equipo de atletismo, es también una excelente estudiante de matemáticas.

—Es rápida de mente, de pies y de temperamento —comenta riendo Ted Bronson, su profesor. —Jamás se intimida. Amy y Lince nacieron el mismo día y comparten idéntico interés por los casos difíciles.

—Si algo anda mal no puedes mirar hacia el otro lado —afirma Amy, apoyada en su bicicleta.

—Así es —interviene Lince, al tiempo que saca del bolsillo trasero el bloc de dibujo y el «boli»—. Si no podemos resolver un caso a simple vista, hago un dibujo del lugar y de la situación. Al estudiarlo nos damos

blación en «bici» vigilando. Ayudados a veces por Nosey —la retozona perra de caza de Lince— y por Lucy —la hermana menor de Amy, de 6 años de edad—, hasta el presente han resuelto todos los casos en que han intervenido.

¿Cómo se iniciaron en la actividad investigadora?

Todo empezó el año pasado, el día en que la escuela celebraba su competición anual. Allí conocieron al sargento Treadwell, uno de los más famosos policías de Lakewood Hills. Al referirse a Lince y a Amy, Sarge dice orgulloso: —Son fantásticos. Poco después de conocernos, a uno de los profesores le robaron unos exámenes. No pude descubrir al ladrón, pero Lince hizo uno de sus dibujos, y entre él y Amy resolvieron el caso en cinco minutos. A estos dos investigadores es imposible engañarlos.

El sargento Treadwell concluye: —No sé cómo se las ha arreglado Lakewood Hills hasta ahora, sin la colaboración de Lince y Amy. Hasta la fecha han rescatado a un perro secuestrado, localizaron video-juegos ro-

cuenta de lo ocurrido.

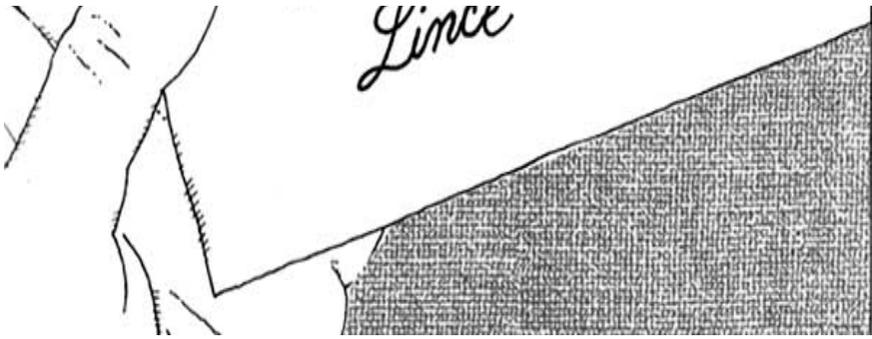
Cuando los dos superdetectives no están entretenidos leyendo, con videojuegos o en un partido de fútbol —*Lince* es el capitán del equipo del sexto curso—, suelen recorrer la po-

dad, y resolvieron muchos más casos difíciles. Siempre que afronto un problema complicado, sé lo que debo hacer: consultar a los dos superdetectives.

ALICE CORY

Querido lector:
Puedes resolver estos casos con nosotros.
Empieza a leer sin perder detalle. Presta
la máxima atención a lo que dice la gente,
a la forma en que se comporta, y a todo
tipo de pormenores: la hora y las condi-
ciones atmosféricas por ejemplo.
Luego analiza minuciosamente el
dibujo y confrontalo con el relato.
Si recuerdas todo lo ocurrido, la ilus-
tración te ayudará a resolver el caso.
Para saber si has acertado-o si te
atascas en un caso muy complejo-, lee
las soluciones que aparecen al final
del libro, impresas al revés. Sitúa la
página frente a un espejo y po-
drás leer sin dificultad. Si no
tienes un espejo, lee la página al
trasluz. (También puedes aprender
a leer al revés. Nosotros ya lo
hacemos bastante bien y en
algunos casos resulta muy útil.)
¡Qué te diviertas... tanto
como nosotros, y suerte!

Amy



El caso del secuestro de Paul

Listo para ir al campamento, Lince Collins sacó a rastras de su dormitorio la maleta y la mochila. Nosey, su retozona perra de color canela, olisqueó todas las cosas, sin saber qué significaban esos preparativos.

—Nosey, tráeme la cazadora de encima de la cama —dijo Lince al llegar a la puerta—. Venga, alcánzala.

Nosey vaciló un momento, echó a correr y sujetó entre los dientes la cazadora azul.

—Muy bien, Nosey.

Los dos bajaron al vestíbulo y llegaron a la puerta de entrada. Lince dejó los bultos en el suelo y sacó la cazadora de la boca de su perra.

—¡Mamá, papá! —gritó—. Ya estoy listo.

Su madre terminó de hablar por teléfono con uno de los clientes de la agencia inmobiliaria y salió de la sala. Su padre, que había estado preparando un juicio, salió del estudio con un montón de papeles bajo el brazo.

La señora Collins acarició la rubia cabeza de su hijo.

—Te echaremos de menos.

—Calla, mamá —Lince se encogió de hombros—. Sólo estaré fuera una semana.

—¿Qué hará Amy en tu ausencia? —preguntó el padre—. ¿Seguirá con los asuntos detectivescos?

Amy era la amiga de Lince y su colega en las investigaciones. Vivía enfrente de su casa. Con la penetrante mirada de Lince para los detalles y su capacidad para dibujar, y la rapidez mental de ella, formaban un estupendo equipo.

—No —respondió Lince—. Amy y su hermana pequeña, Lucy, irán con sus padres a la cabaña de su tío Rick.

—Sin duda todo estará tranquilo en el barrio —apostilló la madre, sonriente.

Lince se asomó a la ventana; vio que un coche marrón giraba por el camino Crestview y entraba en la calzada de acceso a su casa. Era el coche que lo llevaría al campamento.

—¡Han llegado Paul y su padre!

Lince cargó con su equipaje, se aseguró de que llevaba el bloc y el bolígrafo en el bolsillo, y se despidió de los suyos.

—Tú pórtate bien —dijo a Nosey. Lince miró a su padre y notó que no llevaba nada en el bolsillo de la chaqueta—. Las gafas, papá.

El señor Collins se palpó el bolsillo y sonrió.

—Si no fuera por ti, hoy habría ido al juzgado sin gafas. A veces me resulta difícil creer que alguna vez te hayamos llamado Christopher. Tu apodo te va de maravilla.

Acompañaron a Lince hasta el coche, ayudándolo con el equipaje y terminaron de despedirse. Lince no veía la hora de llegar al campamento. Le pareció que tardaban una eternidad en ponerse en camino.

Lince y su amigo Paul Shimamoto, sentados en el asiento trasero, se turnaban para jugar un partido de fútbol en el vídeo portátil. A medida que avanzaban, el padre de Paul, un programador de ordenadores, les contaba cómo era el campamento.

—Una de las mejores cosas de este campamento es que cada uno de vosotros tendrá su propia terminal —dijo.

—¡Sí, y por la tarde podremos jugar con ellas! —agregó Paul.

El señor Shimamoto, que había ayudado a instalar el campamento, se divertía mucho.

—Eso es. Pero debéis tratar de aprender algo más que a usar los juegos. Ésta es una magnífica oportunidad para

aprender mucho sobre programación.

El señor Shimamoto no dejó de hablar sobre ordenadores hasta que llegaron al campamento. Los chicos se despidieron entusiasmados y fueron directamente a sus cabañas.

Aquella tarde el personal del campamento llevó a todos los chicos y chicas recién llegados a recorrer las instalaciones, mostrándoles los ordenadores, las terminales y las impresoras.

Al atardecer, después de comer salchichas de Frankfurt asadas, se celebraron algunas reuniones y hubo más presentaciones. Luego fueron todos a nadar. Los acampados se acostaron temprano, aguardando con entusiasmo las clases que empezarían a la mañana siguiente.

Pero cuando pasaron lista en la primera clase, Paul no respondió a su nombre. Uno de los instructores envió en su busca a Lince y a Anne, la chica que estaba sentada a su lado.

—Paul debió de quedarse dormido —conjeturó el instructor.

—Estamos en la misma cabaña —dijo Lince— y sé que se ha levantado porque lo vi esta mañana. Además, desayunó en la misma mesa que yo. Pero lo encontraremos... esté donde esté.

Lince y Anne registraron el comedor, pero estaba vacío. La única persona que había en la cocina era el cocinero, y tampoco había visto a Paul.

—Tal vez se sintió mal y volvió a acostarse —dijo Lince—. Vayamos a ver a la cabaña.

—Sí, probablemente estará roncando —apuntó Anne. Pero la cabaña estaba vacía y en completo silencio—. Ahora sí que no tengo idea de dónde buscarlo.

Lince se acercó a la cama de Paul. Encima de su saco de dormir había un mensaje escrito de su puño y letra. Lince lo leyó.

—¡Oh, no! —exclamó—. ¡Paul ha sido secuestrado!

Anne corrió a su lado y leyó la nota referente al pago del rescate.

—¿Qué quiere decir eso de que deben llevar los planos?

Lince reflexionó un rato y luego respondió:

—El padre de Paul está trabajando en un nuevo ordenador... el más rápido del mundo. Seguramente los secuestradores quieren los planos.

—Venga, Lince —dijo Anne—, tenemos que pedir ayuda.

—Espera un momento.

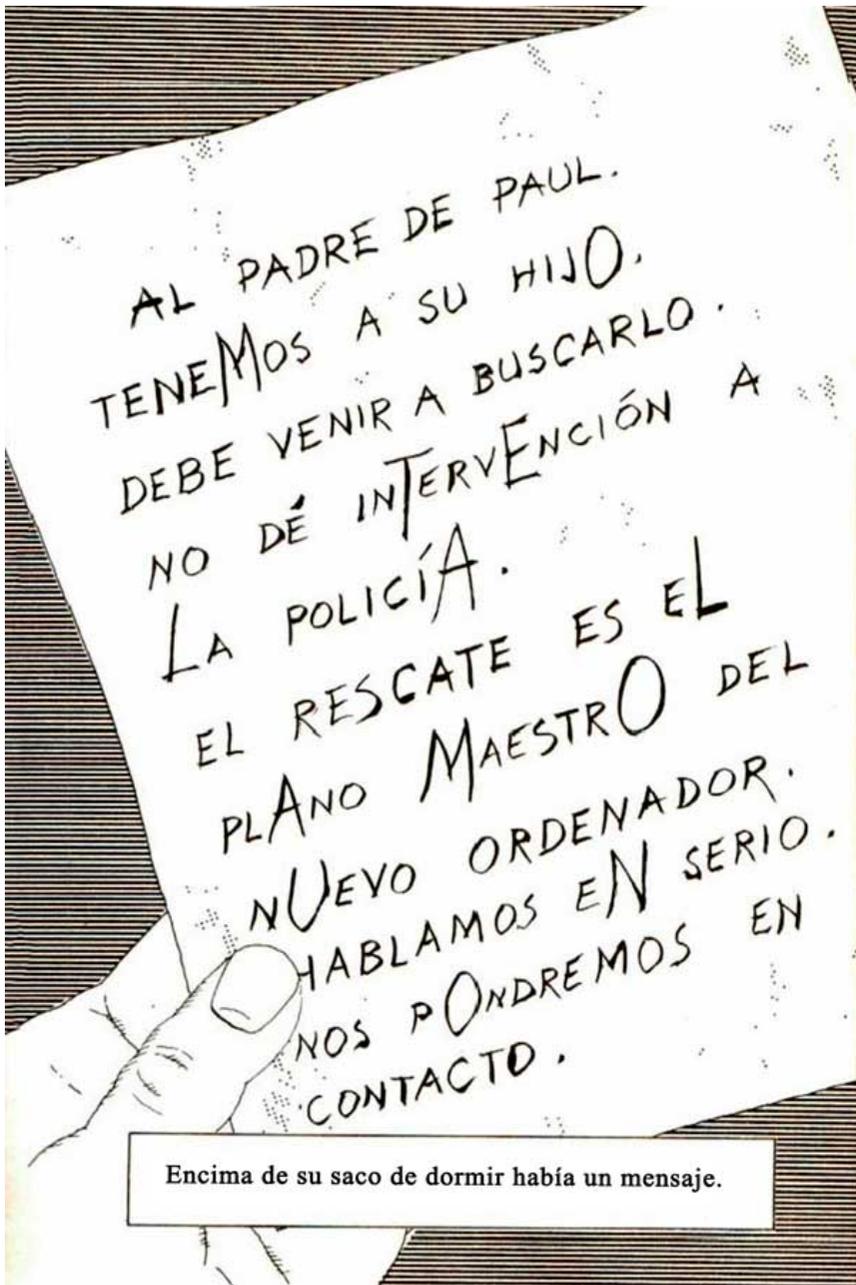
Lince estudió la carta unos minutos y a continuación sacó el bloc y el bolígrafo del bolsillo del pantalón. En la nota había algo raro. Lince entrecerró los ojos para ver si detectaba alguna pista.

—¡Ojalá Amy estuviera conmigo! Es ideal para estas cosas —dijo.

Garabateó un rato el papel, mientras arraigaba en él una idea. Repentinamente dejó de garabatear, apuntó una serie de letras e hizo chasquear los dedos.

—Anne... corre al despacho y diles que llamen a la policía.

¡Ya sé dónde tienen a Paul los secuestradores!



¿Dónde estaban Paul y los secuestradores?

Solución aquí.